

**Venclova, Tomas [Венцлова, Томас] (2018). *Вильнюс: Город в Европе (Vilna: una ciudad en Europa)*. Trad. del lituano al ruso por Maria Čepaitė. San Petersburgo: Издательство Ивана Лимбаха.**

SEBASTIA MORANTA MAS, *Philipps University of Marburg*  
smoranta@mail.ru

El camino de la internacionalización de las letras lituanas discurre por un terreno pedregoso, y entre sus autores de merecida fama destaca Tomas Venclova: poeta, ensayista, filólogo y traductor literario, nacido en Klaipėda en 1937. Emigró de la Unión Soviética en 1977 debido a su actividad disidente en la sección lituana del Grupo de Helsinki. Profesor de literaturas eslavas en la Universidad de Yale desde 1980, fue de los últimos en llegar de aquella élite prodigiosa de escritores del bloque socialista establecidos en Norteamérica, en la que despuntaron Brodsky y Miłosz, Dovlátov y Škvorecký. En 2014 se le distinguió con el último Premio Petrarca de literatura europea. El volumen que nos disponemos a comentar es la versión rusa de uno de los homenajes que el autor tributó a Vilna,<sup>1</sup> ciudad en la que residió durante tres décadas, de los diez a los cuarenta años, para regresar con frecuencia a partir de 1991. En este retrato libresco, Vilna es la quintaesencia de la ciudad fronteriza, pluriétnica y multilingüe, disputada por pueblos y ejércitos en una sucesión convulsa de cambios de bandera (entre 1915 y 1940, el poder cambió de manos nueve veces): en suma, una especie de microcosmos experimental del *sueño europeo*. Mientras nos habla de Vilna, el autor escribe una historia del Viejo Continente en miniatura; nunca pierde de vista una Europa cuyos habitantes se juegan el éxito o el fracaso de un proyecto colectivo que reúne un conglomerado de tradiciones lingüísticas, culturales y religiosas, y que se refleja en las formas de los edificios y las manifestaciones de la vida espiritual. Para Venclova, «el rasgo más interesante y valioso de Vilna es su carácter heterogéneo» (p. 205).<sup>2</sup> Esta diversidad esencial se expresa, por ejemplo, en el siguiente pasaje, citado a menudo en las reseñas del libro: «Ninguno de estos pueblos puede afirmar que Vilna le pertenece en exclusiva. La irreplicable, casi fantástica amalgama de lenguas, religiones y tradiciones nacionales en una ciudad que ignora las fronteras políticas siempre llamó la atención de los visitantes; mientras que los autóctonos pensaban simplemente que no podría ser de otra forma» (p. 18).

El volumen se divide en ocho capítulos, cada uno de los cuales mantiene una cierta autonomía, una entidad ensayística por sí mismo, que va dando cuerpo al conjunto por agregación cronológica. El título de los apartados sigue un esquema bimembre (con una única excepción), fijando una estructura de la ciudad narrada o descrita a través de la historia etnocultural, los contrastes de la política en la región baltoeslava y la impronta de los movimientos artísticos: «El país y los pueblos»; «Paganismo y cristianismo»; «Renacimiento y barroco»; «La Universidad y el gueto»; «Sármatas, clásicos y románticos»; «Insurgentes y

<sup>1</sup> Hemos optado por utilizar el topónimo *Vilna*, tradicional en español (en lugar de *Vilnius*), siguiendo la recomendación del *Diccionario panhispánico de dudas*. De todos modos, es evidente que *Vilna* está hoy en retroceso ante la difusión de la forma lituana oficial.

<sup>2</sup> Los fragmentos citados en esta reseña están traducidos, cuando no se indica otra cosa, a partir de la versión rusa (contrastada con las ediciones en alemán y polaco, y teniendo en cuenta el original en la medida de lo posible).

literatos»; «Disputas y guerras», y «Totalitarismo y libertad». La edición rusa, a cargo de la traductora Maria Čepaitė y publicada en 2018 en San Petersburgo, viene ilustrada con ocho aguafuertes de Petras Repšys que reproducen lugares y monumentos de Vilna.<sup>3</sup> El mismo artista es autor del fresco *Metų laikai* [Las estaciones], que adorna la bóveda de una sala del Departamento de Filología Lituana de la Universidad; las páginas 2 y 3 de las cubiertas del libro reproducen dos detalles de esas pinturas.

El propio Venclova hace unas consideraciones sobre el género textual al inicio de la edición polaca (la traducción es nuestra): «No es un libro ensayístico en el sentido estricto de esta palabra. Se trata más bien de una historia cultural de Vilna que sigue un orden más o menos cronológico, y al mismo tiempo de un mosaico de hechos y personajes de la ciudad. Tiene puntos de intersección tanto con una guía de viaje como con una enciclopedia local, aunque está escrito en un estilo bastante más libre».<sup>4</sup> A todo ello hay que sumar la fuerza de los elementos autobiográficos, que acentúan esa libertad de estilo; o, si se prefiere, realzan el valor literario de un texto que combina con acierto la agilidad del relato histórico, las brumas de un territorio legendario, el apego al paisaje, la descripción imaginativa y casi pictórica de la arquitectura, y la presencia del escritor mediante notas personales y sus reflexiones políticas. Las primeras páginas tienen un alcance mitológico: una historia que empieza con los barcos de Ulises y los trirremes de los colonizadores griegos, para desplazarse luego a través de los grandes ríos-frontera hacia la espesura casi impenetrable del norte. Espléndidos bosques cubrieron la mayor parte del actual territorio lituano, y Vilna surgió rodeada de ellos. No en vano, natura y cultura quedan perfectamente imbricadas en este fragmento inolvidable: «Aquí la naturaleza casi se convierte en arquitectura. Los ríos discurren haciendo eses y se retuercen cual volutas, los árboles se yerguen de tal modo que parecen columnas y contrafuertes, los despeñaderos recuerdan a las murallas de una fortaleza, y la falda de las colinas se asemeja a las vertientes de los tejados. En cuanto a la ciudad, es más un paisaje que un conjunto urbano. Las caóticas ramificaciones de la naturaleza llegan hasta el mismo centro, y el ritmo de las torres es parecido al ritmo de un bosque creciendo en libertad» (p. 12). Este recurso se acompaña con una descripción de la topografía de la ciudad desde lo alto, en lo que constituye un recurso habitual de la prosa de temática urbana. Pero la mirada del autor no se explaya, por esta vez, desde la famosa colina donde se alzan los restos del castillo de Gediminas (*Gedimino kalnas*), detrás de la catedral, sino que busca un mayor campo visual desde el más apartado monte de Bekešas (*Bekešo kalnas*), al sureste del casco antiguo (p. 12-14).

En cuanto al componente humano, se mencionan los siete grupos nacionales considerados autóctonos o históricos, por cuanto se establecieron en Vilna ya en la época medieval (p. 19-28). El autor los presenta por este orden: los lituanos, fundadores de la ciudad y probablemente el pueblo mayoritario durante la Edad Media, pero que a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX llegaron a ser una exigua minoría, hasta que la Segunda Guerra Mundial modificó por completo la composición etnolingüística del lugar; los rusinos, una etnia diferenciada de los eslavos orientales que sería el origen del pueblo

<sup>3</sup> En la misma editorial apareció en 2016 la antología bilingüe lituano-ruso *Encomium insulae: Rinkiniai eilėraščiai. 1965-2015 / Похвала острову: Избранные стихотворения. 1965-2015*. La selección recoge 56 poemas de Venclova, escritos en su mayoría durante el último cuarto de siglo.

<sup>4</sup> Venclova, Tomas (2006). *Opisac Wilno*. Varsovia: Fundacja Zeszytów Literackich, p. 6.

bielorruso; los polacos, que constituyeron la clase dirigente y la élite intelectual por espacio de siglos (de Polonia llegó el cristianismo); los rusos, entre los que se menciona al príncipe Kurbski, disidente *avant la lettre* y fugitivo de las malas artes de Iván el Terrible; los tártaros, que ocuparon su propio barrio junto a un meandro del Neris, con su mezquita de madera y su cementerio; los caraitas, una comunidad de procedencia turca y practicante de una religión de base judaica que en Lituania cuenta hoy con poco más de trescientos miembros, establecidos en su mayoría en la ciudad de Trakai; y, por último, los judíos, cerca de la mitad de la población en otro tiempo y base etnocultural de *Yerushalayim d'Lita* (la Jerusalén de Lituania): como es bien sabido, con la ocupación nazi casi desapareció su rastro, asesinados en gran número en los bosques de Paneriai (Ponary) entre 1941 y 1944.

El cuarto capítulo se centra en la Universidad y su entorno, formada a partir del colegio jesuita que en 1579 recibió de Esteban Báthory el privilegio de llamarse *Academia et Universitas Vilnensis*; y en la poderosa evocación del antiguo barrio judío y las leyendas sobre el célebre rabino Eliyahu ben Shlomó Zalman, conocido como el Gaón de Vilna. La importancia de lo arquitectónico vuelve a quedar patente en esta descripción del patio principal de la Universidad (*Didysis kiemas*), denominado antaño en memoria de quien fue su primer rector, Piotr Skarga: «... se abría ante los ojos del observador una plaza espaciosa, genuinamente italiana, rodeada en tres lados por unos arcos elípticos de color amarillento, y cerrada en el cuarto por una asombrosa fachada en forma de órgano, a cuya derecha se erguía un titánico campanario de cinco pisos y planta cuadrada. El patio de Skarga siempre conservó para mí un aire sureño, a pesar de que lo contemplé innumerables veces con un frío intenso y en medio de la ventisca. (...) La fachada junto al campanario es quizá la obra más perfecta de Johann Christoph Glaubitz. El arquitecto la agregó a la antigua y monumental iglesia de los Santos Juanes, cuyo interior permaneció casi gótico. (...) La fachada reconstruida por Glaubitz pertenece al barroco tardío. Es extraordinariamente esbelta, pero produce un efecto como si se derritiera y se fuera a disipar en el aire; los entrantes y salientes de la pared, con sus ondulaciones y pliegues, dan forma a una especie de tejido; los ramos de columnas se unen con los nichos, las volutas, las retorcidas cornisas y los ornamentos de metal. La construcción, de notable altura, se estrecha hacia arriba, el relieve se vuelve más ligero, se separa del cielo mediante trazos arqueados y líneas curvas que se diría que no son euclidianas. Lo estático y la materia han dejado de existir: la arquitectura se niega a sí misma para adentrarse en el terreno de la poesía y la música» (p. 101-102). Venclova ha conseguido recrear un espacio armonioso en que lo pétreo parece vegetal y las artes se confunden en unión sinestésica.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> En el capítulo anterior encontrábamos la siguiente evocación del barroco local: «Bien es cierto que el barroco de Vilna es muy particular; aquí no existen ni el dulzón alborozo austriaco ni el pesado y lúgubre *pathos* italiano. Sus fachadas se alabean, se derrite en el aire, apunta al cielo con sus esbeltas torres, sus edificios se reflejan entre sí, los templos navegan a través del valle como una flotilla de veleros. A cada paso se acentúa el contraste entre líneas y espacios: los recargados volúmenes se equilibran mediante abruptas líneas verticales o caprichosas curvas. Toda la ciudad antigua es una obra de arte» (p. 86-87). O también: «Gradualmente fue tomando forma un tipo de edificio barroco característico de Vilna: la iglesia con dos torres blancas iguales. Hay muchas de ellas. La más importante es probablemente la de Santa Catalina (...). Las líneas verticales de las torres, graciosas y elegantes, se funden a medida que van ganando altura en el juego cada vez más transparente de volutas y urnas decorativas, y finalmente culminan en las típicas e incomparables cruces de Vilna, en las que también se puede distinguir el símbolo pagano del sol» (p. 88-89).

Un testigo de excepción, muy presente en diversos momentos del libro, es Czesław Miłosz, estudiante universitario en Vilna entre 1929 y 1934, cofundador de la revista de vanguardia *Żagary*, y de cuyo paso por la institución da testimonio una lápida en tres idiomas (lituano, polaco y latín) en el patio de Sarbievius y una sala de la biblioteca con su nombre. El segundo capítulo empieza con las primeras palabras de un verso suyo: «Nadie sabe el origen de la ciudad» [Nikt nie zna początku miasta] (p. 33).<sup>6</sup> Las biografías de Miłosz y Venclova, a pesar de la diferencia de edad, están entrelazadas por el aura de los años de adolescencia y juventud en Vilna. Ambos cultivaron durante décadas una amistad singularmente fructífera, y fue la oportuna invitación cursada por el profesor de Berkeley lo que abrió a nuestro autor el camino del exilio americano (p. 256).<sup>7</sup> Miłosz emerge como una figura de síntesis a partir de la Vilna de entreguerras, «un poeta de las dos naciones» como Mickiewicz y un símbolo de la reconciliación entre lituanos y polacos (p. 219-222). A esa época pertenecen las siguientes palabras en la revista estudiantil: «Vilna, bella y triste ciudad norteña. (...) Estrasburgo del Este, desgarrado por dos fuerzas antagónicas. Llave herrumbrosa para la puerta cerrada de Europa oriental» (p. 221).<sup>8</sup> Los poemas catastrofistas de aquellos años, influidos por las profecías del filósofo y profesor Marian Zdziechowski, hoy nos parecen casi un preludio del Pacto Mólotov-Ribbentrop.

En efecto, el último capítulo discurre desde la invasión soviética de septiembre de 1939 hasta los acontecimientos de enero y febrero de 1991, cuando sobre el pedestal de la estatua de Lenin en la plaza Lukiškės sólo quedaron los zapatos. En este lapso intervienen por doquier la experiencia y la memoria del autor: «Mi narración se va acercando a una época que yo mismo recuerdo bien» (p. 242). Venclova conversa con Miłosz sobre los primeros días de la segunda ocupación soviética de Vilna (junio de 1940), y en torno a la oposición nazismo-bolchevismo («el nazismo se puede comparar con la peste, y el comunismo con el cáncer», p. 232). Su visión de la historia contemporánea pretende ser multilateral: manifiesta un aguzado sentido crítico que se revuelve contra el nacionalismo (antipolaco) y el antisemitismo lituanos, y no le duelen prendas en reconocer la culpa de muchos de sus compatriotas en el Holocausto (p. 230-238). En su recorrido intenta desenmascarar una serie de falsas creencias al uso, como el «mito oficial» que concibe Vilna como exclusivamente lituana, y que sólo busca las raíces históricas de la ciudad en la época anterior a la Unión de Lublin (p. 230-231, 250); el lugar común según el cual Stalin pretendía aniquilar a todos los lituanos (cuando su proceder consistía en eliminar a las élites de cada nación, para poder soviétizar más fácilmente al resto) (p. 234-235); la falsa idea de que «todos los judíos eran comunistas, y todos los comunistas eran judíos» (p. 237); el tópico de la «amistad de los pueblos», tan presente en el nuevo lenguaje de los periódicos y la radio (p. 245); o el mito escatológico de los regímenes totalitarios, que establece que el futuro va a ser necesariamente perfecto, y

<sup>6</sup> Inicio del poema «Legenda» (Leyenda), incluido en el volumen *Światło dzienne* (La luz del día) (1953). Cf. Czesław Miłosz. *Tierra inalcanzable. Antología poética*. Traducción, selección y prólogo de Xavier Farré. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011, p. 111.

<sup>7</sup> La revista *Kultura* (1979, 1/2) publicó un estimulante intercambio de pareceres entre ambos («Dialog o Wilnie»). El texto se reproduce íntegro en: Czesław Miłosz / Tomas Venclova. *Powroty do Litwy*. Varsovia: Fundacja Zeszytów Literackich, 2011, p. 44-81. Cf. Czesław Miłosz. *Zaczynając od moich ulic*. Cracovia: Znak, 2006, p. 37-55.

<sup>8</sup> Traducido del original polaco. Cf. *Opisać Wilno*, p. 158-159.

lograr esa perfección justifica todas las posibles víctimas y cualquier actividad que decidan emprender los gobernantes (p. 248-249). Dentro de este esquema siempre habrá un líder o un equipo dirigente planificando una hazaña tras otra, una masa de gente dispuesta a llevar a cabo cada nueva gesta, y unos elementos individualistas y retrógados que conviene quitarse de en medio. El totalitarismo, según el autor, también implica una concepción peculiar del pasado: «La historia, en esencia, es un vertedero, una fuente de putrefacción y bacterias que puede contagiar a los más débiles. Por eso es necesario limpiarlo continuamente. Es imposible recordar muchos nombres y acontecimientos; casi todo lo que se escribió tiempo atrás debe ser borrado de la memoria, e incluso eliminado físicamente» (p. 249).

La postura de Venclova sobre el régimen comunista es de sobra conocida, y sus palabras a propósito de la invasión al finalizar la guerra son especialmente severas: «El poder soviético regresó a Vilna sin cambiar un ápice con respecto a 1941: groseramente totalitario, presto a arruinar los destinos de personas y pueblos, sus características eran la mentira y la cínica hipocresía» (p. 243). El autor comenta que cuando iba a la escuela secundaria, en las calles casi sólo se oía hablar ruso; pero con la llegada a la capital de muchos lituanos étnicos del resto del país, cuando salió de la Universidad ya era posible comunicarse en lituano en todas partes: paradójicamente, por una decisión de Stalin se había hecho realidad el sueño de Jonas Basanavičius, presidente del consejo que declaró la independencia en febrero de 1918. A partir de los años cincuenta la ciudad, lejos de transformarse en una típica metrópolis soviética, empezó a alejarse de Moscú y procuró acercarse a Occidente, y esta dinámica ya no tendría vuelta atrás: «El poder intentó dejar en la memoria sólo a Lenin, Dzerzhinski y Cherniajovski, pero Vilna no se rindió» (p. 248). Durante años la ciudad fue la puerta de entrada a la URSS de influencias, corrientes artísticas y autores occidentales, en parte por su situación geográfica y la cercanía de Polonia. Las páginas restantes se centran en las vivencias personales del narrador, con el trasfondo de la situación sociopolítica: su mutación ideológica en la Universidad desde posiciones de izquierda; el primer y único encuentro cara a cara con la policía secreta, a los veintitrés años; la actividad contestataria en los setenta, que adquirió una nueva dimensión gracias a Andréi Sájarov; los condicionantes de la decisión de emigrar; y, finalmente, la efervescencia de Sajūdis, el ataque de las tropas federales a la torre de la televisión, la resistencia del parlamento y el colapso del imperio (p. 252-261). El volumen se cierra con unas breves consideraciones allí donde la historia se convierte en presente: el autor concluye que la ciudad ha conjurado los peligros de un nacionalismo pasado de moda, hoy vuelve a ser el centro de un joven estado como setecientos años atrás y ha asumido el reto de la integración europea. Venclova termina por absolver el pasado, aun reconociendo que suele ser fuente de venganzas y depósito de agravios reales e imaginarios; sin embargo, el pasado nos ayuda a valorar en su justa medida el propio destino, y se opone a las utopías que pretenden detener el libre fluir del tiempo (p. 261-262).

La peripecia del tercer libro de Venclova sobre la capital lituana es bastante particular.<sup>9</sup> Su gestación obedeció a un encargo de la editorial Suhrkamp con la mirada puesta en 2009, ya que ese año Vilna sería proclamada Capital Europea de la Cultura; se publicó en primer lugar, por tanto, en lengua alemana (*Vilnius: Eine Stadt in Europa*. Trad. de Claudia Sinnig.

---

<sup>9</sup> Las dos obras anteriores son: una guía turística (*Vilnius. Vadovas po miestą*, 2001), traducida a diversos idiomas; y *Vilniaus vardai* [Nombres de Vilna] (2006), una enciclopedia de autor que recoge 564 personalidades relacionadas con la ciudad, «desde Mindaugas y Gediminas hasta Miłosz», disponible en lituano, inglés y polaco.

Fráncfort: Suhrkamp, 2006). Poco después siguió la versión polaca (*Opisac Wilno*. Trad. de Alina Kuzborska. Varsovia: Fundacja Zeszytów Literackich, 2006). En unas notas preliminares dirigidas al público polaco, el autor advierte que el texto fue concebido a sabiendas de que «el lector alemán, y el lector occidental en general, no tiene una noción precisa sobre Vilna, ni tampoco sobre la historia de Lituania, Polonia o la República de las dos Naciones», con lo cual tuvo que explicar «quiénes fueron, por ejemplo, Mickiewicz y Piłsudski (y no digamos ya Gałczyński)», o aclarar conceptos como «sarmatismo, mesianismo, *endecja*».<sup>10</sup> Se trata, por tanto, de una obra pensada ante todo para ser traducida y difundida más allá de Lituania, para presentar la historia y la riqueza monumental de Vilna a un público foráneo, y es en este contexto que el enfoque transnacional y europeo del libro adquiere todo su sentido. Más adelante aparecerían las versiones norteamericana (*Vilnius: A personal history*. Trad. de Milda Dyke. Nueva York: Sheep Meadow Press, 2009), húngara (*Vilnius: Egy város Európában*. Trad. de Beatrix Tölgyesi. Budapest: Európa Könyvkiadó, 2009) y francesa (*Vilnius: Une ville en Europe*. Trad. de André Cabaret. Oberhausen: Circé, 2016). Con todo, el original lituano fue publicado en 2011 por la editorial de Raimondas Paknys (R. Paknio leidykla), con el título *Vilnius: asmeninė istorija* [Vilna: una historia personal]. Se trata de una muy bella edición que incorpora treinta y dos fotografías urbanas en blanco y negro a cargo de destacados fotógrafos lituanos, datadas entre 1964 y 2008, que resaltan vigorosamente la evocación literaria y parecen rescatar retazos de la ciudad que fue. El libro se cierra con un índice onomástico (que, por desgracia, no se ha incluido en la edición rusa).

Nos encontramos ante una obra que, atendiendo a sus numerosas virtudes y al renombre del poeta Tomas Venclova en destacados ámbitos intelectuales de Europa y Norteamérica, merecería mucho la pena trasladar al castellano. Este gesto contribuiría a paliar en cierta medida la crónica escasez de autores lituanos en los catálogos de nuestras editoriales, y fomentaría el interés por el rico legado histórico, artístico y cultural de una de las ciudades más atractivas del continente.

---

<sup>10</sup> *Opisac Wilno*, p. 6.